

Zoom in

Por Laura Liz Gil Echenique

Alberto dice haber sido fotógrafo durante 12 años. Hace un tiempo su vida cambió, una serie de desafortunados eventos lo hicieron enfermar y las cosas fueron modificándose.

El estrés en el trabajo hizo que sus defensas bajaran y empezara a tener problemas de estómago provocados por las sucesivas infecciones de giardias. Un poco después su madre falleció y su matrimonio entró en crisis hasta llegar a la separación. Por aquel entonces tenía poco tiempo entre la fotografía y unas clases de inglés que había comenzado, así que al continuar con sus problemas estomacales y sin asistir al doctor se recetó sin conocimientos de medicina un tratamiento para lo que él pensaba eran parásitos. El resultado fue la destrucción de su flora intestinal y una serie de trastornos inmunológicos.

La inmunóloga que desde entonces lo atiende le explicó que su flora intestinal ya no sería la misma a pesar de la recuperación, Alberto intentó mostrarme su problema poniendo de ejemplo la piel de mi brazo. Me pidió que imaginara cómo sería un brazo semi- lampiño e irregular y me dijo que algo así ocurría con sus intestinos. Por este motivo es mucho más propenso a enfermarse y además sus defensas están siempre bajas, las giardias antes frecuentes, son ahora un peligro mayor.

Según me relata, al inicio hervía el agua pero luego se hizo económicamente insostenible y entonces, como una especie de milagro, alguien le contó de la planta purificadora de agua que estaba situada en el Centro Kairós para la liturgia y comenzó a venir. Su propia doctora se dio cuenta no solo de la mejora sino de que no había vuelto a enfermarse. Como una de sus rutinas camina todos los días un kilómetro para buscar sus botellones de agua y de paso llevar también a su hermana y su sobrino. Ya no se dedica a la fotografía, ahora “lucha”, como me dijo, recolectando latas y botellas que luego vende a materia prima, así que en cierto sentido mientras toma agua limpia también va dejando limpia la ciudad, acto que si lo pensamos con un poco de ternura vendría a ser como una especie de preparación antes de sacar una fotografía.

Es la primera vez que Alberto se anima a hablar con alguien cuando viene a buscar el agua, me confiesa Julio César Hernández, encargado de la planta y asistente de administración del Centro Kairós. Quizás también venir representa para él un anclaje con la realidad y las

responsabilidades, con una vida familiar que ya no tiene y ese espacio de dulzura que lo cotidiano puede llegar a ofrecer en ciertos rincones, muchas veces no tan visibles, de las ciudades.

El centro Kairós además de agua, dispensa también esa dulzura, similar a la de una madre que abre a los brazos a sus hijos sin preguntar mucho ni exigir nada a cambio. Es por eso que aunque Alberto llegaba sin decir nada era recibido con alegría. Nadie conocía la historia de este hombre, ni el pasado de fotógrafo ni el presente de recogedor de materia prima. El ofrecer sonrisas es un ejercicio diario que no necesita preguntar por identificaciones o tendencias. Eso fue lo primero que supe de este centro para la liturgia cristiana. Luego me fui enterando de los muchos proyectos que esta “familia” promueve para beneficiar a todos aquellos, religiosos o no, que necesiten apoyo.

Hay muchas formas de mantener las puertas abiertas, una de ellas es la sonrisa. Una sonrisa amable, sincera y acogedora puede ser más potente que un cartel de neón, de esos que por fortuna aun no ciegan nuestras ciudades.